

viejo era mi constante y lascivo seductor, cuando muchas veces estaba él diciéndome cosas que, por no oírlas, hasta me tapaba las orejas! Entraba mi madre á este tiempo, y el perro viejo al instante bajaba los ojos, mudaba de tono y enredaba la conversación con ella de este modo:—¿No es verdad, señora, que le digo bien á esta niña, que no hay cosa como el pudor y la honestidad en las doncellas, porque así se hacen amables de todo el mundo, y particularmente de Dios, que es á quien debemos agradar sobre todas las cosas? Pues, porque en todas partes está y ve hasta nuestros más escondidos pensamientos.

Otras veces decía:—Le digo á esta niña que sea muy recatada con los hombres y muy devota de San Luis Gonzaga, para que el santo le alcance la castidad, que es una virtud angelical. Yo le traeré una semanita del santo para que la rece y se le encomiende muy de veras. ¡Ojalá yo viera á mi Vicentita (á mí) de monja! Pero Dios hará lo que le convenga.

Así engañaba este malvado á mi madre; y en fuerza de este engaño, ¿qué efecto había de haber hecho en su corazón ningún aviso mío? El que hizo al fin, y fué el caso, que un día de los que él sabía aprovechar, sacó un papel y me empezó á leer unos versos endemoniados de puercos. No me pude contener, y le dije:

—¡Viejo maldito, hipócritón, deshonesto! ó se calla usted la boca, ó le voy á avisar á mi mamá de todo lo que me pasa con usted.

Esta amenaza, que debía haberlo enfrenado, lo desesperó, ó quién sabe qué le sucedió, pues levantándose de su asiento, se acercó á mí, y cogiéndome la cara, me iba á dar un beso; pero *no fué él tan pronto en intentar su llaneza, como yo en plantarle una buena bofetada.*

—¡Qué bien hiciste! dijo Eufrosina. Cuando una mujer no da margen á que le pierdan el respeto y tiene guardadas las espaldas contra una villanía, en la mano tiene el freno para contener á semejantes brutos desbocados! ¿Y en qué paró este lance?

—¡En qué había de parar, en tragedia! El viejo condenado se volvió un veneno con mi cariño, y enfurecido comenzó á levantar la voz y á maltratarme, llamándome mocosa, atrevida, insolente, y ¡qué sé yo! al tiempo que mi mamá entró á la sala y le halló temblando y con el papel en la mano.—¿Qué es eso, don Ciriaco? le dijo; ¿qué ha sucedido?—¡Qué ha de suceder, señora, dijo el viejo, qué ha de suceder sino lo que le tengo á usted dicho muchas veces! ¿No se lo he dicho á usted, no se lo he dicho que á las muchachas de estos tiempos es menester tenerlas en un puño, porque son la deshonra de las madres? Pues

eso es lo que ha sucedido. Mire usted qué papel tan escandaloso le he hallado á su niña en la almohadilla. Si teniendo usted tanto cuidado con ella admite esos papeles, que no los admitiera la ramera más pública de México, ¿qué fuera si usted se descuidara con ella? Siento el decirlo; pero ya me parece que á la hora de esta, su niña de usted perdió todo lo que tenía que perder. En fin, lea usted el papel y haga lo que quiera, que es su madre y quien ha de dar cuenta á Dios de ella.—Diciendo esto, dió el papel á mi madre y se marchó para la calle.

Mi mamá tomó el papel, y mientras se puso los anteojos para leerlo, pensaba yo en huir ó disculparme; pero á nada me resolví y me quedé como una estatua, temblando más de cólera que de susto.

Apenas leyó el primer verso, cuando, escandalizada y llena de enojo, rompió el papel, me afianzó de los cabellos, me tiró al suelo y me dió tal tarea de golpes y patadas, que si las criadas no me defienden me mata allí mismo sin remedio.

Ya yo libre de sus manos, me disculpé como era natural, y le conté cuanto me había pasado con el viejo. Esto, lejos de serenarla, la irritó de tal modo, que si hubiera estado sola me vuelve á dar otra tanda de bofetadas.—¿Eso más? me decía, ¿eso más, grandísima puerca? ¿también eres habladora y deslenguada? ¿no te

basta ser una cuzca disoluta, sino que quieres echar la culpa de tus liviandades y picardías á un hombre tan virtuoso y tan honrado? ¿qué dieras, grandísima perra, por parecerte á la suela de un zapato viejo del señor don Ciriaco? Pero anda, hija vil y deshonesto, que no me has de volver á poner á otra vergüenza. Has de acabar tus días en San Lucas <sup>1</sup> ó en la Casa de Pobres.

Consideren ustedes cómo me quedaría yo en este lance, viéndome golpeada y aborrecida de mi madre, y al mismo tiempo con mi honor en opiniones entre las criadas, pues mi madre, en lo más vivo de su cólera, se produjo indiscretamente con peores expresiones que las que he dicho.

Yo temía que cumpliera su palabra, porque era muy resuelta, y que de la noche á la mañana me pusiera en unas Recogidas; pero yo no sentía tanto tan injusto castigo cuanto que se quedara riendo el maldito viejo.

—¿Y se quedó? preguntó Camila.

—¡Cuándo se había de quedar! dijo la chata. Yo me vengué de un modo muy bonito, y fué éste. Andaba en solicitud mía el que ahora es mi marido, á quien yo, la verdad, no quería mucho; pero ¡lo que es el deseo de una venganza! No tenía otro hombre de quien valerme para conseguirla, y así me decidí á casarme con él, con tal de que me vengara pronto.

<sup>1</sup> Casa de corrección de mujeres.

Apenas mi madre se descuidó tantito conmigo, cuando le mandé razón de cuanto había pasado, asegurándole ser suya si tomaba una satisfacción por mí y se daba traza de que mi honor quedase en su lugar; pero que todo había de ser muy breve.

No se lo dijo la criada á ningún sordo, porque en la misma noche quedó hecha toda la diligencia á mi satisfacción. Mi novio solicitó un amigo de su confianza, y entre los dos sorprendieron al viejo en la calle de los Mesones, lo metieron en un coche, que para el efecto previnieron, y se lo llevaron á Egido. En aquel campo desierto lo sacaron, lo amarraron á una de las ruedas del mismo coche, le quitaron los calzones, y con la cuarta del cochero le dieron una vuelta tan desaforada, que por poco lo matan. A lo menos más de veinte días estuvo en cama.

No paró en esto. Luego que se acabó el cruel *miserere*, lo subieron al coche, encendieron un cerillo, sacó mi novio un pedazo de papel y un tintero, y poniéndole una pistola á los pechos, le juró matarlo allí mismo si no ponía una carta á mi madre restituyéndome mi crédito, contando el pasaje como fué y pidiendo perdón de la calumnia que me había levantado.

El triste viejo, que se vió entre aquellos sayones, que tales le parecieron, sin el menor recurso y bien azotado, creyó de buena fe que cumplirían su palabra si no obe-

decía en el instante, y así, quiso que no quiso, puso el papel como se lo dictaron, y lo firmó como era regular.

Hecha esta diligencia, le intimaron que cuidado como volvía ni á pasar por mi calle, porque lo habían de hacer tasajos. El infeliz viejo juró y rejuró que ni se volvería á acordar de mí. Con esto, lo llevaron hasta cerca de su casa, adonde el pobre llegaría casi arrastrándose. Ya yo no volví á saber de él.

—Pues, niña, qué, ¿no volvió á tu casa cuando sanó? dijo Eufrosina, porque era regular que él se quisiera vengar de tu venganza. —Pues ya no le quedaron esas ganas, decía la chata. Lo cierto es que al otro día, cuando mi madre me dijo que me vistiera para llevarme ante el corregidor, ya tenía yo la carta en mi mano, y con esta satisfacción le dije:—Mamá, voy á vestirme, pero no para ir á ver á ese señor, sino para que nos vayamos á misa como siempre.—Irá usted adonde yo la llevare, me dijo mi madre muy enojada. Pero yo le dije muy humilde:—Sí, señora; mas antes será bueno que lea usted esa carta que le envía el señor don Ciriaco, á quien no sé cómo pagarle los favores que le debo.

Mi madre me echó una mirada muy seria; tomó el papel y se puso los anteojos. Hemos de estar en que su merced conocía muy bien la letra y firma del viejo, como que había sido su apoderado en cierto negocio; mas con todo eso la cogió tan de sorpresa este papel,